

ISABEL
REVUELTA POO

HIJAS DE LA HISTORIA

LAS MUJERES QUE
CONSTRUYERON
A MÉXICO

 Planeta

© 2021, Isabel Revuelta Poo

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Ilustración de portada: iStock

Diseño de interiores: Guadalupe M. González Ruiz

Ilustraciones de interiores: Marisol Rivera Morales y Eduardo Ramón Trejo

Fotografía de la autora: Blanca Charolet

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-07-7968-8

Primera edición impresa en México: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-07-7917-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Introducción	09
México prehispánico y la Conquista	13
I. Malintzin, Malinalli, doña Marina	15
II. Tecuichpo, doña Isabel Moctezuma	39
México virreinal	61
III. Mirra, Catarina de San Juan, la china poblana	63
IV. Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, sor Juana Inés de la Cruz	87
Guerra de Independencia	107
V. María Ignacia Rodríguez de Velasco y Osorio, la Güera Rodríguez	109
México independiente	125
VI. Frances Erskine Inglis, la marquesa de Calderón de la Barca	127
VII. Concepción Lombardo de Miramón	153
Porfiriato, Revolución y siglo xx	169
VIII. Carmen Serdán	171
IX. Antonieta Rivas Mercado	183
X. Dolores del Río	207
Bibliografía	225
Agradecimientos	245





México
prehispánico
y la
Conquista

I. Malintzin, Malinalli, doña Marina

LAS TRES, LA MISMA



*Olutla, actual estado de Veracruz, 1502 -
Ciudad de México, c. 1529*



*Malintzin hubiera podido mantenerse callada.
Nadie esperaba de ella que se ofreciera como intérprete.
Pero una hora después había demostrado su utilidad.
López de Gómara, biógrafo de Cortés, escribiría que, cuando terminó,
el capitán la tomó aparte con Gerónimo de Aguilar,
le preguntó quién era y le prometió más que libertad
si aceptaba ayudarlo a encontrar a Moctezuma y a hablar con él.*

CAMILLA TOWNSEND





ntes de poner siquiera sus ojos sobre el rostro de Hernán Cortés en tierras mayas —tabasqueñas— en ese abril de 1519, antes de convertirse en su lengua, en su voz, Malintzin había sido vendida como esclava dos veces por los suyos. No por los otros, no por los recién llegados, sino por los propios, por mexicas y por mayas, para quienes ella era una esclava más, *solo una mujer más*.

El encuentro entre Hernán y Malintzin, así como la relación tan estrecha que mantuvieron en todos los sentidos, es uno de los hechos más trascendentales de la historia de la Conquista y del mestizaje de México. La intervención de esta mujer políglota, ciertamente, fue definitiva en el triunfo de Cortés. Las circunstancias que vivió y las decisiones que tomó son parte fundacional de nuestra historia. Y así hay que abordarla. No solo atestiguó el nacimiento de México como nación, sino que lo vivió en primera persona. Juzgarla con ojos de otros tiempos confunde los actos de su vida como una mujer de carne y hueso. Tuvo una vida extraordinaria, crucial, en un momento también extraordinario y crucial de nuestra historia.

Malinalli no sospechaba los alcances de su existencia ni el tamaño de su oscura mitificación. El pesado juicio de la leyenda la condena a ser una especie de objeto seductor y monstruoso; la presenta como un personaje maldito: la traidora, la puta, la chingada, la vendepatrias y, al

final, *la Malinche...*, la célebre y mal llamada «*malinchista* de Malinche». Se trata de un concepto tergiversado de su realidad, muy común en la historia que se cuenta como única, en la *versión oficial*. Una perspectiva distorsionada, nebulosa, que respondía a una postura decimonónica que, por un lado, colocó a algunos personajes en inalcanzables pedestales y, por otro, creó villanos terribles y de naturaleza execrable. Una postura sesgada y maniquea que arremete contra la historia misma, porque anula la reflexión y el debate sobre las consecuencias de los actos y las circunstancias en que se desenvuelven los personajes. La vida de Malinalli, Malintzin, doña Marina, está llena de esas circunstancias.

La lengua que forjó su destino

En las civilizaciones prehispánicas, como es el caso del Imperio azteca, la sociedad se encontraba estratificada y las mujeres vivían en absoluta sumisión. No se apartaban del ámbito doméstico (no se alejaban de su casa, para ser más exactos), y eso era lo normal. Era el destino en el que se encontraban inmersas y perfectamente habituadas; no se esperaba que lucharan por cambiar su condición. En las labores cotidianas de alimentación y crianza encontraban seguridad y continuidad para la sociedad.

Sin embargo, algo muy distinto sucedía con los esclavos. Las mujeres que no se consideraban «principales» en esos hogares —en su mayoría integrados por varias familias— eran las más propensas a la esclavitud. Quienes no eran esposas o hijas «del matrimonio principal» podían ser vendidas para el beneficio común de esos hogares comunitarios. Ese fue el destino de la joven Malinalli: la vendieron como esclava en dos ocasiones, antes de que se la obsequiaran a Cortés como tributo de guerra.

Su verdadero nombre seguirá siendo un misterio; se desconoce cómo la llamaron sus padres, pues para los pueblos prehispánicos era



muy común cambiar de nombre según las experiencias de la vida. Ahora bien, el nombre con el que la conocemos, con el que pasó a la historia, *Malinche*, es incorrecto y amerita una amplia revisión.

Paradójicamente, esta intérprete políglota, la «lengua» que sagaz forjó su destino y supervivencia mediante la palabra, no dejó para la historia una sola línea de su autoría. Ella no escribió jamás sobre su vida. Sabemos de su persona por quienes convivieron con ella. Incluso Hernán Cortés la menciona, por única ocasión, en la Quinta Carta de Relación dirigida a Carlos V. Cronistas e historiadores han escrito prolíficamente sobre ella y su nombre. Algunos sostienen que se llamaba *Malinalli*, como la planta de la enredadera o matorral en náhuatl. Otros refieren que los españoles la bautizaron como *Marina*, sin embargo, la *r* en náhuatl no se podía pronunciar y se sustituyó por el sonido de la *l*, *Malina*, y, en diminutivo, *Malintzin*. Ese es el nombre con el que pasó a la historia: Malintzin.

Malintzin nació a principios del siglo XVI, en 1502, en Olutla, población ubicada en los límites del Imperio azteca, en la región de Coatzacoalcos, en el actual estado de Veracruz. A esta cercanía con los dominios mexicas debe su segunda lengua. Aunque los nobles principales hablaban náhuatl, la mayoría de los habitantes de la región eran descendientes de los ancestrales olmecas, por lo que hablaban otra lengua común: el popoluca. Malintzin hablaba ambas. Sin embargo, esa niña creció con una desconfianza total hacia lo náhuatl y los mexicas, quienes constantemente asolaban a su pueblo en busca de tributos de toda índole, algunos que se pagaban con la vida.

Su rechazo a los mexicas no era gratuito. A la edad de diez años quedó huérfana de padre. Su madre, al volver a casarse para beneficiar a su hijo varón recién nacido y evitar que lo hicieran prisionero o lo designaran para sacrificios humanos, prefirió vender a Malintzin a unos traficantes de esclavos. El tributo había sido cumplido. Después de una travesía de varios días, de desarraigo de lo suyo y de todo lo



que conocía como propio, llegó al imponente mercado de Xicallanco, un importante enclave comercial mesoamericano.

Entre aves, plumas, frutos, cestas, textiles y demás productos fantásticos, la joven con dominio del náhuatl fue exhibida como un producto más, como una mujer bilingüe y esclava ofrecida para el mejor postor. Era una «adquisición importante», decían. La compraron unos comerciantes mayas chontales de la ciudad de Putunchán, ubicada en la ribera del río Tabasco, hoy Tabasco, en tierras muy lejanas a su natal Coatzacoalcos. En ese lugar la sometieron a las labores de mujer y de servidumbre, propias de una esclava, y con ello a un destino que con seguridad debió de ser doloroso y traumático.

Unos años después, Malintzin fue arrancada nuevamente de raíz. A principios de 1519, tras su paso por las costas de la península de Yucatán, Hernán Cortés dirigió su expedición a la desembocadura del río Tabasco. La adolescente, de catorce o quince años, formó parte del regalo que «los de Tabasco» le hicieron al capitán y a sus hombres al perder la batalla de Centla, cerca del Xicallanco, el gran mercado. En dos horas los mayas chontales perdieron a casi 200 hombres. Tabascoob, señor de los ocho leones, el cacique «Gordo de Putunchán», no solo no podía costear semejante guerra, sino que tenía que asegurarse de que no volviera a suceder. Necesitaba congraciarse con ellos.

Así, les regaló a los españoles, además de joyas y alimentos, un grupo de veinte mujeres «para hacerles gran servicio, pues como los veían sin mujer, y como cada día es menester moler y cocer el pan de maíz en que se ocupan mucho tiempo las mujeres», relata López de Gómara, biógrafo de Cortés, sobre el particular obsequio. La preparación de las tortillas o del pan de maíz era de vital importancia para la supervivencia de la expedición en su avance hacia Tenochtitlan. Al regalarles a sus esclavas, los indígenas los dotaron de utilísimas cocineras y concubinas, actividades que Malintzin ya realizaba para sus amos chontales.



A partir de ese momento el destino de Malintzin cambiaría para siempre. Las mujeres regaladas fueron bautizadas antes de ser asignadas a los hombres de la expedición del extremeño. Malintzin, ahora Marina, sería la mujer del más noble y con más alto rango de los hombres al mando de Hernán Cortés, Alonso Hernández Portocarrero. Y sería su mujer por la gran impresión que le causó a Cortés, quien quería agradar a su noble amigo por su participación en la epopeya. El desenvolvimiento, el porte, la seguridad de sus movimientos y la belleza de Malintzin constituyeron un tema ampliamente comentado por sus contemporáneos. «Era de buen ver, entrometida y desenvuelta», cita López de Gómara, motivos por los que más adelante sería la compañera sentimental del célebre conquistador español.

De esclava a traductora

Hernán Cortés continuó con su expedición hacia el corazón del Imperio mexica, pero, al llegar a la región de Veracruz, lo abordaron los emisarios de Moctezuma, que lo invitaron «a retirarse». Ni Cortés ni su intérprete Gerónimo de Aguilar les entendieron. Este último había sido liberado hacía unos meses tras años de cautiverio entre los mayas y, debido a su dominio del maya chontal, fue de gran utilidad en el avance de la expedición. De nada le servía ahora el heroico Jerónimo a Cortés. El traductor no podía darse a entender ni entendía nada de lo que mandaba decir el gobernante Moctezuma por conducto de sus mensajeros. Esos mensajeros que provenían del único sitio al que a Cortés le importaba llegar, con el que soñaba y que ambicionaba: la gran Tenochtitlan.

Malintzin pudo haberse quedado callada. Ella sí entendió lo que decían los emisarios del gran tlatoani mexica. Los había visto llegar antes a su pueblo natal. Ella comprendía los mensajes de ese gobernante que causaba tantos males a los suyos. Todos hablaban náhuatl, la lengua dominante, la lengua del imperio que los sometía. Entonces, libremente,



puesto que los españoles desconocían que la joven hablaba tres lenguas —popoloca, náhuatl y maya chontal—, eligió no quedarse callada. Decidió hablar con los mensajeros mexicas y hacerle ver a Cortés que dominaba el náhuatl. Se dirigió a Gerónimo de Aguilar, ahora en maya chontal, para que él, en castellano, pronunciara lo que Hernán Cortés tanto deseaba escuchar: las palabras del mismísimo tlatoani. En ese instante decidió hacerles ver a todos que era una mujer inteligente, que entendía la magnitud y la importancia de esa primera traducción, que comprendía los alcances de lo que estaba pasando.

Al romper el silencio en ese confuso momento, Malintzin eligió ser la intérprete de Hernán Cortés, no al revés. No como lo cuenta la historia maniquea, que la condena a una absurda traición hacia quienes ella no tenía posibilidad de sentir lealtad o pertenencia alguna. Los mexicas y su férreo sistema tributario propiciaron su venta como esclava. Tampoco sentía deuda alguna con sus amos chontales. La regalaron. Entre joyas y víveres, la obsequiaron como parte de un botín de guerra a otros. A esos otros que venían de fuera, con otras formas y de otro mundo.

Malintzin eligió volver a adaptarse. El mundo, tal como lo conocía, una vez más había desaparecido. No se conformó con preparar los alimentos de Hernández Portocarrero y ser su mujer, como el resto de sus compañeras indígenas. Convirtió la acción de traducir e interpretar en una excepcional herramienta y no solo en un medio de supervivencia, sino en una ventaja personal ante quienes dominaron la situación desde entonces: los españoles.

La historia no se ha contado con claridad en este punto. No hay traición ni menosprecio, ni aprecio exagerado por lo extranjero o por «lo otro», como tampoco desdén por lo propio. Malinalli, Malintzin, no traicionó a nadie. No sentía a nadie como «suyo». Escogió esa compleja estrategia para reiniciar su vida una vez más. Nació entonces la traductora, la faraute. Nació doña Marina. El día que Cortés mandó decir a



Moctezuma que sus obsequios y su indisposición a recibirlo no lo persuadían para darse vuelta por donde había venido, y que continuaría avanzando hasta conocerlo, doña Marina, su nueva intérprete, tenía apenas quince años.

Marina se convirtió en una mujer sumamente astuta. Además de apuntarlo varias crónicas de la época, su decisión lo confirma. Hizo lo mejor que podía con los recursos que tenía en esa situación extrema: una conquista que representaba el fin del mundo, de su mundo. Pudo haber guardado silencio y recibir el mismo trato que miles de mujeres contemporáneas en su misma situación. Sin embargo, ella se volvió indispensable, sacó provecho de su inteligencia y de su dominio de las lenguas. Supo reconocer la necesidad que tenía Cortés de un aliado estratégico. Uno que lo ayudara en tan colosal y descabellada idea de conquistar a los que desconocía por completo. Ella los conocía bien. Ella se convirtió en su aliada.

Doña Marina —el «doña» no lo perdería jamás por la importancia que alcanzó, como si hubiera pertenecido a la nobleza— sería para Hernán Cortés, además de «su lengua», una suerte de salvoconducto, su herramienta más preciada. Su embajadora: la que habla por «el importante» ante otro «importante» en el protocolo prehispánico.

En su avance hacia el encuentro con Moctezuma, Cortés sumó a su audacia y ambición la inteligencia de su embajadora, quien no solo tradujo, junto con Gerónimo de Aguilar, sino que le aconsejó y leyó estratégicamente entre líneas sobre todos los asuntos de los pueblos sometidos por Tenochtitlan, mismos que, al final, serían los aliados con los que el extremeño logró la conquista de los mexicas. Malintzin detallaba a Cortés los modos, las costumbres, la *psique* y la religión de los grupos con los que tenían contacto. A su vez, era ella quien les anunciaba que quedaban liberados del tributo a Moctezuma y que su lealtad ahora se debía al rey de España, a Carlos V, y que su fe ya no sería más a Huitzilopochtli, sino a la religión católica, a Jesucristo.



Para los indígenas, Malintzin era la voz por quien hablaba Cortés. Eran un ente inseparable una del otro. Los concebían como a una misma persona. Siempre unidos, siempre juntos. Ambos inspiraban temor, pero también admiración y respeto. Se referían a Cortés como «el hombre de Malintzin», el «señor Malinche», y con ello señalaban pertenencia. En esos tempranos momentos, Cortés es *Malinche*. Apenas una década después de la Conquista, en varios códices coloniales, a Malintzin la representan, una y otra vez, inseparable de Cortés a su paso por los pueblos aliados. Irónicamente, fue en Tlaxcala donde Malintzin le explicó a Cortés que el rey Xicotécatl deseaba establecer esa alianza casando a sus hijas con sus lugartenientes y demás hombres que lo acompañaban, a la usanza del final de cualquier otra guerra prehispánica. Trescientas jóvenes completaban el ofrecimiento, tal como le había sucedido a ella en dos ocasiones.

Malintzin recibió entonces a su cargo y tuvo a su cuidado a varias de esas mujeres, princesas hijas de nobles señores, muy bien vestidas, así como a jóvenes muchachas comunes, vestidas con ropas sencillas: esclavas. Doña Marina aparece en diversos códices coloniales siempre magnífica, ataviada en huipiles hermosos, sobria, con la cabeza erguida, instruyendo a las mujeres que la escuchaban en silencio, en forma humilde y recatada. Los primeros escritos, esas primeras representaciones en los códices, son de gran importancia para conocer el destino de sumisión de Malintzin, a un grupo o a otro, así como la sumisión de decenas de mujeres de la época.

La hija del viejo Xicotécatl, bautizada como María Luisa, fue entregada al férreo Pedro de Alvarado. Se trataba del plan maestro cortesiano: las mujeres de mayor alcurnia indígena eran entregadas a sus amigos y principales capitanes para iniciar el mestizaje que tanto promovería el extremeño. Empezaba la empresa de fundar un nuevo pueblo, en un nuevo mundo: el de Cortés. Ese pueblo mitad español y mitad indígena, con él a la cabeza, obviamente. Empezaba



así un nuevo proyecto, un pueblo nuevo, mestizo: México. Malintzin y Cortés son parte indeleble de la fundación de México.

Conforme avanzaban los acontecimientos de la Conquista, Malintzin aprovechó hábilmente el saberse indispensable y aseguró su lugar al lado de Cortés, demostrándole su absoluta fidelidad. En Cholula le advirtió sobre la emboscada que ahí les preparaban después de la gran fiesta con la que los recibieron. Astuto como pocos, comprobó su desconfianza al percatarse de que mujeres y niños habían abandonado la ciudad y, ante la advertencia de Malintzin, los atacó por sorpresa. Españoles, cempoaltecas y tlaxcaltecas, en una fuerte y significativa alianza por el número de hombres y armas que aportaron los indígenas, vencieron a Cholula tras una cruenta batalla. Luego de la masacre, iniciaron la marcha hacia Tenochtitlan. A partir de este momento, y por el resto de su vida, Malintzin no se separó jamás de Hernán Cortés.

Ante tal demostración de lealtad, fueron indivisibles también en un nivel personal. Hernán y Malintzin ya eran amantes tiempo atrás, en Cempoala, cuando Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo se marcharon rumbo a la corte española, con el botín y los documentos del recién creado ayuntamiento en Veracruz, mismos con los que Cortés buscaba neutralizar el ataque del gobernador Velázquez en su contra. Christian Duverger, certera y osadamente, apunta ante este hecho: «Con esa maniobra Cortés recupera también a Marina: la antigua amante de Hernández Portocarrero se convertirá en su amante oficial, su compañera de todos los instantes, su consejera en asuntos indígenas, su fiel portavoz y, ciertamente, en su gran amor».

Si entre Malintzin y Hernán Cortés hubo un gran amor, es difícil asegurarlo. Sin embargo, los hechos indican que, en muchos momentos, se fundieron en un vínculo amoroso, más allá de la posible relación entre conquistador e intérprete. Malintzin debió de sentir emociones encontradas. Largas caminatas, días aciagos de crueles batallas, numerosas intrigas, sagaces estrategias ideadas por ella, relatos



de su mundo, intimidad amorosa, así pasaban los meses y los días junto a Cortés. Mientras, las otras mujeres del grupo se dedicaban a lo que poco tiempo antes había sido la vida de Malintzin: hilar, tejer, moler maíz y hacer tortillas. Marina tenía una nueva vida entrelazada con el destino de Cortés.

Fue así que, como su mujer y traductora, participó en el histórico momento en que Cortés y Moctezuma Xocoyotzin se conocieron. Ella fue quien tradujo en ese crucial evento, el 8 de noviembre de 1519, cuando se encontraron por fin, cara a cara, el conquistador y el emperador mexica. Fue en la gloriosa Tenochtitlan, al pie de la calzada de Iztapalapa, en lo que hoy es el Hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno, en el centro histórico de la Ciudad de México. En el mismo lugar donde años después Cortés fundó dicho hospital para atender a los indios. Por si fuera poco, también ahí elegirá el historiador Lucas Alamán, en el siglo XIX, esconder, para su salvación y tras siglos de persecución, los restos del conquistador. Hoy, en ese emblemático lugar, reposa casi secretamente Hernán Cortés de Monroy, el hombre de la Conquista de México. Por su parte, el lugar donde descansan los restos de Malintzin, la mujer indígena de la Conquista de México, es un misterio. No sabemos dónde se encuentra su última morada.

Unir dos mundos con la palabra

La aventura de esta protagonista de nuestra historia apenas comenzaba. Ya en Tenochtitlan, Malintzin se alojó junto con Cortés, sus principales capitanes y las nobles indígenas que eran ya sus mujeres en el palacio del padre de Moctezuma, el majestuoso palacio de Axayácatl, el anterior tlatoani, frente al magnífico Templo Mayor. Esta acción de hospitalidad de parte de Moctezuma, de tibia diplomacia, le costaría al mandatario indígena el juicio de su propio pueblo y el de la historia.

Quizá se debió a que, durante el violento choque de ambos mundos, Cortés y Moctezuma fueron enemigos, pero también sintieron una

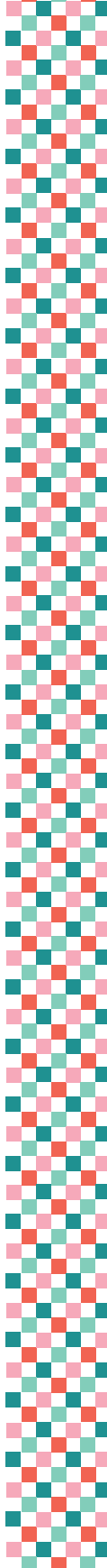


mutua y peculiar admiración, una especie de fascinación, de magnética curiosidad por conocer más el uno del otro. Tal vez por ello Moctezuma titubeó y lo recibió en las entrañas del imperio; incluso se lo entregó de manera simbólica en el primer discurso que salió de labios de Malintzin.

Aunque, por otro lado, también hubo recelo, desconfianza y un completo malentendido entre ellos, entre sus ideas, sus creencias y cosmovisiones. Lo que para uno era sagrado, para el otro era demoniaco, en específico, los sacrificios humanos. Esas obvias e irreconciliables diferencias fueron la justificación en la mente de Cortés —la férrea convicción de enseñarles «lo bueno» y mostrarles al «verdadero Dios»— para conquistar Tenochtitlan en nombre de Carlos V, de la Corona española y de la religión católica, pero no sin antes vivir en la imponente y seductora ciudad por más de ciento cincuenta días. Los motivos por los que Moctezuma los alojó en ella tanto tiempo son inciertos. Algunos historiadores relatan un temprano cautiverio del tlatoani, mientras que otros aseguran que fueron días de paseos y reuniones «amistosas» de tensa calma.

Los españoles narraron asombrados el esplendor de Tenochtitlan. Lo que veían sus ojos no habrían podido imaginarlo ni ellos ni la otrora esclava indígena. Malintzin pasó de ser la esclava vendida en el mercado de Xicallanco a habitar el palacio de la máxima autoridad de aquellos a los que tanto temía y resentía. Ahora descansaba en el seno de lo más alto de la jerarquía militar, política y religiosa del poderoso Imperio mexica. Instalada en el palacio de Axayácatl, recibió el trato de una especie de princesa y durante más de cinco meses vivió rodeada de atenciones y de sirvientas. Hay una razón para ello: era la «lengua», la mujer del hombre de mayor importancia para todos, el poderoso «huésped» del gran tlatoani.

Si bien en este punto hay diferentes relatos sobre la actuación de Moctezuma ante los conquistadores, la realidad es que el que vivieran



tanto tiempo y con tantas deferencias, en el corazón del Templo Mayor, Malintzin lo interpretó correctamente: Cortés y sus hombres eran quienes tarde o temprano saldrían victoriosos de aquel encontronazo de dos mundos; serían los vencedores. Ella no podía dar marcha atrás por su intuición natural de supervivencia, que le dio una temprana claridad en semejantes momentos: para el mundo indígena, ella era un personaje de importancia y poder. Doña Marina era parte del nuevo y poderoso pueblo que enfrentaba a los mexicas y que, al final, los sometería.

Durante su estancia en el Templo Mayor, doña Marina no se separó de Cortés en ningún momento. La tensa calma previa a la batalla estuvo colmada de reuniones y entrevistas que doña Marina interpretó para Cortés con astucia. En este punto de la historia, su dominio del castellano era ya evidente; su inteligencia, probada. Su impecable trato personal la llevó a convivir con los hijos del mismísimo Moctezuma, en especial con dos de sus hijas, las princesas Ichcaxóchitl Tecuichpo y Xipaguazin. Después, ya cristianizadas, se llamarían Isabel y María Moctezuma. Todas ellas formarían parte, junto con Malintzin, de la primera generación mestiza de Nueva España. Marina mantuvo también una relación cercana con la hija del rey Xicoténcatl de Tlaxcala, Tecuelhuetzin, bautizada como doña María Luisa Xicoténcatl, mujer del rubio Pedro de Alvarado, del «sol», o «Tonatiuh», como lo llamaban los indios.

Tras reponerse de la impresión de haber visto a la cara al gran tlaotoni, acto prohibido y castigado con la muerte en otros tiempos, y tras haber traducido las palabras del gran Moctezuma, la intérprete recorrió las calles de la ciudad, seguramente asombrada por lo lejos que había llegado. Un destino que consideraba que debían seguir los opositores de Cortés: ponerse de su lado. Según las crónicas de fray Bernardino de Sahagún, ella trataría de persuadir a los señores mexicas, en todas las audiencias en las que participó, de no oponer



resistencia bélica a los españoles y de aceptar la religión católica. Había visto de cerca que sus armas tan avanzadas los hacían muy superiores, además, estaban los miles de indígenas de los pueblos sometidos que los apoyaban. Conminó a los sacerdotes y militares a no permitir que murieran más niños y ancianos por una guerra, pues lo consideraba innecesario.

Malintzin entendía que enfrentar a los españoles presentes en ese momento en Tenochtitlan no sería suficiente para alejarlos definitivamente. Tenían la habilidad de traer de muy lejos a cientos de hombres más. Esta interpretación de Malintzin resultó cierta: Cortés echó mano de hombres y recursos materiales provenientes del exterior durante los siguientes meses, lo cual terminó siendo la clave de la conquista. Para los mexicas era inimaginable llegar al corazón de la ciudad donde se encontraba el poder supremo de los españoles, vencerlos y evitar que llegaran otros a amenazarlos. Les resultaba impensable llegar a la corte de Carlos V, todavía estaban muy lejos de ese conocimiento, de esas poderosas armas para lograrlo. Cortés y sus hombres, por su parte, sí lo hicieron; estaban instalados en el corazón de poder supremo del mundo prehispánico. Y en ese álgido punto, Malintzin, doña Marina, también estaba instalada con ellos.

Las conquistas se tratan de lucha, de resistencia, de guerra y de muerte. Evidentemente, los mexicas no estaban dispuestos a dejarse vencer por los recién llegados, y mucho menos por los pueblos «inferiores» que apoyaban a sus enemigos. Darían la batalla por defender su autoritaria hegemonía, por volver a someterlos a todos bajo su mando e imponerles su eficiente red tributaria, con los sacrificios humanos que demandaban sus sedientos dioses. Defenderían el Imperio mexica hasta las últimas consecuencias, imperio que sometió durante doscientos años a cholultecas, tlaxcaltecas y totonacas. Como señala Miguel León Portilla, Hernán Cortés únicamente organizó a los inconformes en favor de su guerra contra los mexicas.

